

01-0489229

El peso de la pureza

Mauricio A. Barría Jara

Síntesis argumental:

Cuando Theodoro Adorno trata de explicarse el silencio del pueblo alemán ante la persecución nazi, plantea que la posibilidad de tal sumisión, por una parte, y de esa irrupción desatada de la agresividad por el diferente, estaban latentes en la sociedad. Tal condición es lo que el pensador alemán denominará *personalidad autoritaria*. A partir de estas reflexiones se levanta la trama de *El peso de la pureza*.

Un Padre con un pasado. Y su necesidad de vivir en estado de guerra. Una Madre —que no puede salir de su rol masificado de esposa, y termina por ser cómplice silente de la violencia.

Una Hija que crece demasiado rápido tratando de entender el encargo de su historia y es obligada a ensimismarse como única escapatoria. Un drama sobre el secreto y la confabulación, sobre el peso de la memoria y la imposibilidad del amor. En fin, una obra que muestra que los impulsos autoritarios también están latentes en *nuestra* sociedad, aguardando aparecer, especialmente, en las situaciones más cotidianas.

Esta obra es una metáfora de este inconsciente colectivo.

Personajes:

Padre

Madre

Hija

PRIMAVERA

EL OJO DE EDIPO

allegro

En el dormitorio.

La Madre, la Hija y el Padre. La Madre viste a su hija para la fiesta. El Padre la espía.

PADRE. Hay seres tan ligeros que el más fino movimiento de manos los podría destruir.

(Hace esfuerzos para ver.)

Seres a los que el más tenue parpadeo los haría desaparecer.

Hay seres tan sutiles que casi solo huelen.

En el comedor.

PADRE. Hoy la niña cumple 12 años.

Y hoy cumplen 12 años ese menudo conjunto de huesos apretados.

Esas caderas que aún no florecen.

Hoy cumple 12 años ese par de pies suaves y sin arco

Y ese ombligo sin fisura.

MADRE. La celebración todavía no comienza.

PADRE. Hoy esta niña grande cumple 12 años y su madre le va a enseñar a poner la mesa.

MADRE. ¿No tienes algo más que hacer?

PADRE. Sí. Mirar.

El padre las va a contemplar. Este es mi regalo el único regalo que cabe hacerle.

MADRE. El mejor regalo que le puedes dar es desaparecer.

PADRE. (*A la niña.*) Hay seres —carita de ángel— que el más leve parpadeo los podría desarmar. Y por eso no resisten algo más que ser mirados. El más minúsculo roce los estropearía. Les inocularía la gravidez en el cuerpo. Tú eres de ese tipo.

MADRE. Hay otros, en cambio, que poseen tal densidad que engendran manchas en el lugar. Y no dejan ver. Pero por suerte amorcito, los ojos son sabios y ante tal persistencia la retina se acostumbra y llega a no ver. Es cosa de esperar.

PADRE. La mirada —angelito— es capaz de penetrar en los detalles más pequeños de las cosas, a revolcarse en sus contornos, de revelar los dibujos epidérmicos más íntimos. Y todo ello dejando *intacto* su objeto...

¿Puedes comprender eso?

MADRE. La mirada —amorcito— es un dardo que no daña, pero sí daña su efecto adormecedor.

PADRE. La madre —ángel— es alguien que sueña mucho y le teme a esos sueños.

MADRE. Hay ciertos deseos que se despiertan en el sueño...

PADRE. ... yo le digo: no permitas que esos sueños saturen tu cabeza.

MADRE. “Pues son ya muchos los mortales que en sueños han yacido con su madre...”

A veces los sueños son tan reales que parecen sueños.

¡Necesito que vayas a comprar algunas cosas.

PADRE. Yo no necesito bajar la cabeza ante nadie.

Nunca me he avergonzado de haberlas salvado.

MADRE. Será mejor ir yo misma... ¡Ven conmigo! —amorcito.

PADRE. ¿Y qué la madre no le iba a enseñar a poner la mesa a la hija?

MADRE. ¡Anda a ponerte el chaquetón! ¡Rápido!

PADRE. TÚ NO TE LA PUEDES LLEVAR. Tú no puedes alterar el programa de nuestra fiesta. Tú lo sabes. No puedes alterar nada de lo que suceda

¡Complemente porque NO PUEDES (*La mira.*) ...yo soy el que vigila.

Largo

En el baño.

PADRE. De pronto mi mente queda en blanco
y percuten en ella las ráfagas de una antigua imagen —¡me gritan!
De pronto todo está quieto. El mundo también queda en blanco
Empezar de nuevo. El primer día
el pequeño coágulo celular y una larva que flota ondulante
suspendidos y acorruados en la tibieza umbilical
de un dedo que acompaña al labio
Y los párpados yacen acostados en las mejillas
(como las cortinas cerradas de un escenario)
La espalda inmóvil —la quietud...
En una época en donde la vida es algo menos que mirar
entonces —la matriz se desgarrá— “Nada es para siempre” —me gritan—
“¡Nada es para siempre!”
El reposo desagua en un agitado susurro de silencio
Y los ojos comienzan a chorrear por todo el cuerpo
los ojos derretidos por obra de las horquillas de la madre
el dúctil esperma de iris corre por mi cuerpo y lo invade todo.
Y lo torna todo negro y vítreo, entonces la mirada en éxtasis

porque ahora todo mi cuerpo es un ojo enorme y articulado un ojo nervioso y muscular que desea todo lo que mira ¡pero no quiere destruirlo!

– Mis manos miran

– Mis piernas miran

ahí entremedio

el ojo precioso parpadea...

allegro

En el comedor.

MADRE. Bueno, lo primero es vestir la mesa. Es primordial causar una buena impresión. El mantel y las servilletas deben estar muy bien presentadas, ojalá de color crudo o blanco. El mantel debe cubrir completamente las patas de la mesa (ahora bien, si la cena es informal esto no es necesario, bastaría que el ruedo llegará a treinta centímetros)

PADRE. El OJO –cariño mío– es un órgano sorprendente. Logra tomar el mando sin requerir fuerza alguna.

MADRE. Luego están los platos: los platos bajos deben ir a dos centímetros del borde de la mesa. El plato de pan se coloca a la izquierda arriba, donde irá el cuchillo para la mantequilla. La servilleta irá sobre el plato respectivo al lado izquierdo un poco más afuera que los cubiertos. Y recuerda: son cubiertos, no servicios.

La ubicación de los cubiertos irá según el momento en que los uses: los cuchillos –incluyendo el de pescado– irán al lado derecho del plato, *siempre con el filo hacia dentro*. Del mismo modo la cuchara. Los tenedores irán al lado izquierdo y los cubiertos para el postre irán arriba de los platos con los mangos en dirección a las manos que los usarán.

PADRE. La mirada es el más poderoso de los sentidos, pues es el que nos muestra muchas diferencias y nos hace conocer más.

MADRE. Las copas van arriba y a la derecha del plato. La copa más cercana al plato será la del vino blanco (que es más pequeña y puede ser de color), luego la del vino tinto (de mayor tamaño y siempre transparente) y, finalmente la de agua –la más grande.

Los saleros se dispondrán uno cada dos comensales o individualmente; y las bebidas y el vino (junto con la panera) irán en una mesa lateral o sobre el buffet...

PADRE. La mirada es el sentido más espiritual, el vestigio de Dios en nosotros y por ello todos los humanos aspiramos a esa sublime actividad... ¡Mirar!

MADRE. *(Cada vez más rápido.)* En el centro de la mesa si lo deseas puedes colocar un arreglo de flores bajas, para que no molesten la visión. Unas velas encendidas en una cena es un detalle siempre acogedor.

PADRE. Y recuerda –angelito– es con la mirada con la que se inicia el amor:

Ver y hablar,

tocar y besar.

Hacer.

MADRE. ¿Y tú no tienes nada más que hacer?

PADRE. *(Se acerca.)* Siempre la comida se ofrece por la izquierda, lo mismo si son fuentes, o si los platos vienen servidos desde la cocina. Pues de ese modo los comensales gozarán de la mayor libertad para moverse.

MADRE. Nosotras hemos terminado.

PADRE. ¡NO! Aún falta que le indiques cómo retirar.

MADRE. Al retirar los platos debes hacerlo por la derecha. El postre se ofrece al final de la comida, una vez que la mesa haya sido despejada de todo. Lo que no sea necesario para el postre: cubiertos, vasos que no se utilizan, sal, alcuza, etcétera...

PADRE. *(Silencio.)* Sí.

MADRE. Cuando se termina de comer, los cubiertos se depositan perpendicularmente al borde de la mesa sobre el plato, con el mango hacia nuestro lado y de forma paralela. Y la servilleta que se usa semi-

doblada sobre las piernas, mientras comes... al terminar debes dejarla desdoblada sobre la mesa para indicar que ha sido usada.

PADRE. El vigilante está satisfecho.

VERANO

EL PUBIS DE TIRESIAS

allegro non molto

En el vestíbulo.

PADRE. ¿Está acostada ya?

MADRE. No se ha dormido aún.

PADRE. Eso da igual.

MADRE. Lo prefiero cuando no se da cuenta.

PADRE. ¿Quién?

MADRE. No se ha dormido todavía. Jugó toda la tarde.

PADRE. No intentes decirme qué debo hacer... *(Pausa.)*

MADRE. ¿Tal vez tienes hambre?

PADRE. ¡Este horrible calor!

MADRE. ¿Quieres que te sirva?

PADRE. *(Se saca la chaqueta.)* Tal vez tengo hambre.

MADRE. Pongo los platos y te sirvo. *(Abre el cajón de los cubiertos.)* ¿Cómo fue tu día?

PADRE. Son tiempos difíciles.

MADRE. Siempre son difíciles... *(Pone los platos.)*

PADRE. Huele a algo. *(Se saca la corbata sin deshacer el nudo.)*

MADRE. ¿Vas a esperar a que se duerma?

PADRE. Cuando hace calor nadie puede dormir.

MADRE. Yo sí... Cuando uno duerme piensa que todo es sueño. Yo lo sé. Siempre deseo dormir. Dormir largo y hundida hasta que mi saliva se hace sumo en la almohada.

PADRE. Sabes que yo no.

MADRE. A veces tengo sueños tan lindos.

Parecen verdad. VER-DAD.

PADRE. Yo estoy *verdaderamente* hambriento.

(Silencio.)

MADRE. ¿Cómo quieres la carne?

PADRE. Tú sabes cómo me gusta...

MADRE. Cocida.

PADRE. Dura.

MADRE. Casi roja.

PADRE. Fría.

¿Qué sabes...?

MADRE. Sólo servirla.

PADRE. La carne dura es lo que había que tener en ese tiempo. ¡Estábamos en guerra!

¿Puedes recordar eso? La guerra que no empezamos nosotros

Había que actuar con decisión

la misma con la que inyectas

—justo ahí— en el sexto espacio intercostal —sin pensar—

veinte centímetros de aguja: 0.6 ml de adrenalina

(Lento.) o para suturar con rapidez la profusa hemorragia de una herida ventral

(Pausa.) ... a veces era un tajo

uno solo
con la precisión de un cirujano
y luego empujarlos
ellos
caían
con el peso de un granizo
un granizo contra el suelo
el suelo

MADRE. Pero eso ya se acabó.

PADRE. La guerra nunca se acaba hasta que muere el último de los enemigos.
Y están vivos aún. Los veo todos los días: en la calle, en el trabajo o en el casino,
con esas miradas inquisidoras, queriendo trastocar los hechos.

MADRE. Ese sueño no te deja ver.

PADRE. Cuando el cuerpo ve mucho el alma enceguece,
por eso: deseo ver a la hija y darle su beso de buenas noches.

MADRE. ¿Por qué no esperas a que se duerma?

PADRE. ¿Por qué no te duermes tú?

MADRE. A veces cuando el cuerpo ve las cosas directamente se encandila.

Por eso hay que ver a través de las imágenes.

PADRE. Deseo abrazarla... para no pensar

MADRE. Que no ibas a comer primero.

PADRE. ¿Tratas de advertirme algo?

MADRE. La gente hace preguntas.

PADRE. ¿De qué?

MADRE. ... de cómo se hizo ese moretón y el otro...

PADRE. ¿Cómo pueden pensar que yo...

MADRE. ...sí... en el día se ven.

(Se aparta).

PADRE. Quién piensan que soy... cómo voy a dañar su carita de ángel.

Sus ojos pequeños... si son los únicos que me miran siempre como por primera vez.

Si son los únicos que me miran sin memoria –como si fuera inmaterial.

(Silencio.)

Hoy cenaré en el dormitorio.

Adagio e piano presto e forte

En la cocina.

MADRE. Pasabas días sin llegar. Nunca hablaste nada. Pero tu boca iba adoptando un rictus mortuario.
Se te desaparecía la sonrisa hasta tal punto que pensé que no tenías más dientes. Tus dientes tan grandes
y blancos. Me fascinaban. Como me fascinó el porte de tu figura, esa cierta rigidez de tu mirada y un
vago recuerdo a casa paterna. Eras bello.

Pero todo cambió.

Un día entraré en nuestro dormitorio con ese cuchillo que nos regalaron para el matrimonio, ese cuchillo
de mango pesado y hoja ancha. Y me acercaré a ti para interrumpir tu sueño. Te traspasaré rompiendo
las sabanas, casi mortajas de nuestra cama y haciendo un caudal de tu sangre lo revolveré en tu vientre
–como tú mismo lo hacías. Un día...

Por qué tenías que trabajar en eso. Por qué no pediste un traslado. Lo sé, la guerra... la guerra estaba en
todas partes. Tus hombros se iban levantando en una horrible joroba. Las camisas ya no te quedaban y
tus manos... mi amor... tus manos que me enseñaron los bordes de mi propio cuerpo. Tus manos que me
hicieron una vez mis caderas y mis pechos. Tus manos se agrietaban como garras viperinas. Se arriscaban
como si por un enorme susto hubieran quedado artríticas de una vez.

Un día entraré en nuestro dormitorio con ese bastón que compramos juntos,

y de un sólo golpe seco, decidido, como un zarpazo animal,
de cuando eres tú o el otro: no puedes pensar. Te romperé el cráneo,
como tú lo sabías hacer, con decisión. Y me acostaré (acostraré) sobre tu sangre hasta que se tiña mi
pelo. Transmutaré. Seré otra.

Mi pelo rojizo me dará una nueva identidad... y me iré con mi hija.

Le teñiré el pelo rojo, y le diré que siempre lo tuvo así. Que producto de una enfermedad del sueño se
le había ennegrecido, pero ahora –ahora– está sana, sana con su pelo rojo y su cara de ángel: pero sus
ojos seguirán siendo los muros que ya son. Espero que me crea.

Espero que me creas.

Un día entraré en nuestro dormitorio y te abrazaré. Y tú me dirás: se acabó.

Estoy libre. He sanado. Y tu boca ondulará y dejará ver tus dientes.

Y tus manos se desplegarán. Un día tu pelo también

será rojo. Un día de un golpe seco tu pelo será rojo...

Creo que ya se durmió...

presto

En el dormitorio.

HIJA. *Ángel de la guarda dulce compañía no me desampares ni de noche ni de día.*

Ahí esta de nuevo, esta fiebre como una sombra contra la puerta que alarga hacia mí sus dedos.

Ángel de la guarda dulce compañía no me desampares ni de noche ni de día.

Ahí está esa sombra antigua contra la puerta que alarga hacia mí sus dedos,

multiplicados en mil tentáculos que aprietan mis costillas... y transpiro

Ángel de la guarda dulce compañía no me desampares...

Ahí está un vaho caluroso que agita su peso sobre mí

Ángel de la guarda dulce compañía...

Un ojo que escudriña sin pudor en mis entrañas

Ángel de la guarda...

Cúrame de este sueño... verano

que me colma... la noche

Ángel...

Deseo dormir

como la

Madre

OTOÑO

LA ESPALDA DE YOCASTA

allegro

En el comedor.

La familia almuerza. La hija siempre de espaldas al público. De tiempo en tiempo se proyectan una serie de imágenes de espaldas femeninas desnudas sobre el fondo.

PADRE. Lo más importante –hija– es la compostura. Una niña demuestra su educación, sobre todo, en la calle.

Para empezar no hay que jamás llamar la atención llevando un vestido exagerado, hablando en voz alta o adoptando posturas atrevidas. Es importante, además, cuidar el largo de la falda y la sobriedad en la pintura (cuando es debida, pues en una niña como tú resulta una pretensión ridícula). El ideal de toda mujer distinguida es no llamar la atención, pasar completamente inadvertida. Al transitar por las calles debes andar con naturalidad. Nunca mires a la cara a los transeúntes, ni converses con extraños (en especial hombres

jóvenes), y jamás voltees la cabeza si escuchas un silbido o algo que te llame la atención. Incluso frente a una galantería reprime toda sonrisa; o si un joven te dirige la palabra: no son cosas decorosas para tu edad. Una jovencita no será nunca la primera en pararse o dar la mano a personas conocidas que encuentre en la calle, a no ser una niña de su misma edad. Las conversaciones en la calle han de ser breves; resultan muy molestas las conversaciones interminables que dan algunas personas... y, por cierto: es altamente inconveniente ventilar asuntos domésticos en la calle. Los asuntos domésticos son siempre privados y se tratan exclusivamente dentro del hogar.

Hay que saber caminar en las calles sin dar empujones ni pisotones a los transeúntes; debe llevarse siempre la derecha y respetar las señalizaciones de tránsito.

No comas ni mastiques en público —especialmente chicle— es de muy mal tono, como también el peinar-se y arreglarse el maquillaje en la calle. Silbar y cantar es propio de la gente ordinaria. En general —recuérdalo bien— la conducta de una mujer en la calle debe ser más reservada que la de un hombre. El recato, la circunspección es señal de fortaleza. Sólo un cuerpo bien entrenado lo puede conseguir. El manejo de la respiración, la postura de la espalda y del músculo lumbar. Pero principalmente: *la manera de ver...*

MADRE. De ver como si no se viese nada.

PADRE. De ver como ve un médico.

(Silencio.)

—sin peso

En esos tiempos había muchos médicos en el servicio.

Había algunos bastante petulantes, se pensaban superiores porque tenían apellidos o títulos.

Yo decía: al final el escupo o el vómito los alcanza a todos por igual

A unos, su uniforme, a otros, su delantal blanco y a otros su chaqueta de *tweed*.

Otros eran cobardes. Se mantenían lejanos y expectantes, y cuando debían firmar las actas

El sudor los empapaba a tal punto que mojaban las fichas y los lápices Bic no les escribían. Eso nos provocaba mucha risa

Pero había otros. Doctores con jinetas. Esos sí valían. Y había uno en especial que solía decirnos lo mucho que se parecían los médicos a los soldados: “En momentos de crisis —decía— son los únicos que están adiestrados para transformar los propósitos en acción”.

MADRE. ¿Y tú de cuál eras? ¿Cuál de ellos eras tú?

PADRE. De los médicos que son como los soldados.

MADRE. Pero tú no eres un soldado.

PADRE. Sí, es hora de servir.

MADRE. Los soldados llevan uniforme.

PADRE. Recuerda —hija— de servir siempre por la izquierda.

MADRE. Los soldados viven lejos de la casa acuartelados.

PADRE. Se sirve primero la sopa, luego el fondo.

MADRE. Los soldados sirven sólo en tiempos de guerra.

PADRE. Con la mayor delicadeza para no estropear el mantel.

MADRE. Y aquí nunca ha habido guerra.

PADRE. Porque una mesa mal servida es como una familia mal constituida.

MADRE. Y si la hubo, ya se acabó.

PADRE. Los médicos terminan eso que los soldados comenzaron

Y eso para algunos, todavía no es suficientemente claro.

MADRE. De repente un pequeño hormigueo cruza por mi espalda

PADRE. Nosotros los soldados y los médicos poseemos un singular sentido de la miseria humana.

No tratamos con rostros —con identidades— manipulamos materia orgánica, masa bascular que disponemos, rompemos, reacomodamos o zurcimos. Nuestro *business* es la administración.

Pero no se llega a ser un buen profesional de la noche a la mañana. No. Para ello se requiere de este entrenamiento. De lo que se trata es lograr hacer que nuestros propios rostros desaparezcan.

De tal modo que el de los demás espontáneamente dejarán de verse. ¿Comprendes?

MADRE. El otoño es una estación que nunca he logrado comprender.

PADRE. Hay que lograr el control milimétrico del gesto.

MADRE. Los días se acortan y la noche comienza a ser demasiado larga.

PADRE. Lograr el dominio completo del nervio. La paralización total del trigémino.

HIJA. En otoño las hojas caen.

Y uno sabe que viene alguien porque se siente el crujido de las hojas

Despedazadas por un pisotón.

MADRE. Comienza el frío. Ese frío que paraliza los párpados o los obliga a cerrarse...

HIJA. En otoño uno sabe que la gente se va porque se escucha el sonido de las hojas

Despedazadas por un pisotón.

PADRE. A través de este ejercicio del rostro el cuerpo entero se endurece.

HIJA. Y yo siempre siento tus pasos –Madre.

MADRE. Y sin embargo el viento no logra limpiar el aire, apenas desordena un poco el pelo

HIJA. ... y los de... Padre...

PADRE. Esa circunspección –hija– aprendida en tiempos de paz,

es lo que nos mantiene vivos en tiempos de guerra.

Recuérdalo siempre –mi angelito.

HIJA. El otoño me gusta –madre– es el único momento en que las hojas –gracias al viento– no pueden ser alcanzadas.

PADRE. ¡Hija! –¿me has escuchado?

HIJA. Sí. Yo también añoro la guerra.

Largo

En el baño.

El lugar está lleno de muñecas. Ella juega con sus muñecas en la tina.

HIJA. LA MADRE ESTÁ MUERTA EN LA TINA

NO. LA BARBIE DUERME EN LA TINA

O LA MADRE DUERME EN LA TINA

LA BARBIE ESTÁ MUERTA EN LA TINA

LA MADRE ESTÁ MUERTA EN LA TINA

LA BARBIE DUERME EN LA TINA

LA MADRE DUERME EN LA BARBIE

LA BARBIE MUERE EN LA MADRE

LA MADRE DUERME EN LA TINA

LA TINA DUERME CON LA BARBIE

LA MADRE MUERE CON LA TINA

LA TINA DUERME CON LA MADRE

LA BARBIE DUERME CON LA TINA

y otra vez

LA MADRE MUERE EN LA TINA

LA BARBIE DUERME CON LA MADRE

LA TINA MUERE POR LA MADRE

NO.

LA MADRE DUERME EN LA TINA

LA BARBIE MUERE POR LA MADRE

allegro

En el baño.

Mientras la Hija continúa jugando con sus muñecas, la Madre entra sorpresivamente antes de que la niña culmine su letanía.

MADRE. ¡Tu cuerpo de muñeca!

HIJA. ¿Te vas a bañar conmigo, como lo hacías antes?

¿O ahora también para ti soy demasiado grande?

(Pausa.)

MADRE. Mi muñeca.

HIJA. Eso ya lo suponía. Explicame cómo va a pasar.

(La Madre comienza a desvestirse lentamente delante de la hija y termina por meterse en la tina con ella.)

MADRE. *(Como si le contara un cuento.)* Caminas por la calle, sin ver a nadie

Y sientes que tu cuerpo está... lejos... muy lejos

como un hueco luminoso que cualquiera podría traspasar, y sin embargo,

todos pasan por el lado sin rozarte (siquiera)

El cuerpo está lleno de poros ¿sabes por qué?

Para evitar que se colme

Como una esclusa te vas vaciando, despejando cavidades hasta lograr el vacío absoluto

Cuando el cuerpo ha secretado todo lo que podía secretar

El cuerpo puede irse lejos, irse lejos, lejos de *ti*

De *ti*

De *ti*

HIJA. Pero siempre queda algo.

MADRE. Algo.

HIJA. La mente.

MADRE. Sí, la mente, siempre está clavada al suelo, la mente ama al mundo

—lo ama demasiado

HIJA. ¿Y entonces?

MADRE. ¿Qué?

HIJA. Si la mente no desaparece.

MADRE. No importa, a veces, también el cuerpo puede llegar a ser una goma blanda/ de plástico.

HIJA. Una goma blanda mientras alguien succiona tu espíritu.

MADRE. Correcto.

HIJA. ¿Eso tú lo sabes?

MADRE. Yo sé qué.

HIJA. Lo que debe ocurrir.

MADRE. ¿Y si te jabono la espalda?

HIJA. Quiero decir: cuál es el coeficiente lineal de expansión del polietileno.

MADRE. Mira cómo está llena de puntos negros. Una niña de tu edad ya debe preocuparse de su aseo.

HIJA. ¿Qué tipo de polímero soy: de alta o baja densidad?

A veces yo imagino algo. *(La Madre le ausculta la espalda.)*

¿Quieres oírlo?

MADRE. No.

HIJA. Imagino que no estás.

MADRE. Es natural. Trabajo.

HIJA. Imagino que te levantas temprano, sin despertar a nadie,

entras al baño, prendes la ducha, te vistes

Y te vas

Yo abro los ojos

y calculo cuánto tiempo te vas a demorar hasta cerrar la puerta: 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7...

—siempre es lo mismo—

(Silencio.)

Lo peor —madre— es el tiempo que demora el Padre en llegar al umbral de mi dormitorio.

Exactamente 453 segundos

(Silencio.)

La tarde transcurre en calma, y a la hora que te aproximas

Yo te espero cerca de la puerta. Te ofrezco un té y te propongo que juguemos cartas o veamos televisión.

MADRE. Nos reímos.

HIJA. Tú casi siempre aceptas. Nunca preguntas por el Padre.

Me tocas la mejilla y me pellizcas el lóbulo de la oreja.

MADRE. Jugamos cartas y contamos historias.

HIJA. Entonces me tomabas de la mano y me llevabas a *tu* dormitorio

Porque allí no podría entrar el Padre. Tú sabías que ahí me sentía segura, lo sabías porque inmediatamente dejaba de sudar.

Nos acostábamos, me ofrecías un chocolate (un *Cadbury*, mi favorito) y nos reíamos comentando las estupideces de esos programas nocturnos.

MADRE. Y mientras lo hacía te acurrucabas a mi lado y tu respiración se desplomaba sobre mi cuerpo.

HIJA. Me apretabas la mano, y entonces... entonces yo... estaba a punto de contarte, pero no podía y tú no preguntabas y ponía de lado, me acurrucaba a tu costado. Tú pasabas el brazo sobre mi hombro. Dos palmaditas.

MADRE. Suspiro...

HIJA. y comienzo a quedarme dormida

Dormida para que al amanecer nuevamente los 453 segundos...

MADRE. A veces el cuerpo puede irse lejos... irse lejos cuanto quieras

HIJA. Tú lo sabes.

MADRE. Yo sé qué.

HIJA. Lo del cuerpo.

MADRE. Yo lo único que tengo es un zumbido que corre fuera de mi cabeza.

HIJA. ¿Y duele?

MADRE. El cuerpo está lleno de poros.

HIJA. ¿Cómo lo que leíamos ayer?

MADRE. mmmh

HIJA. La historia de una señora que sueña...

Esa señora que decía eso de:

“son muchos los mortales que han yacido con su madre en sueños

y es el que hace caso omiso de estas cosas

quien lleva con más facilidad la vida...”

MADRE. Sí.

HIJA. ¿Y eso qué quiere decir?

MADRE. Ella habla de la espalda, mi amor

HIJA. Yo en la espalda siento el frío

MADRE. Ella dice que la espalda es hermosa

Que es como un tálamo en el que pueden caer

indiferentemente las cabezas de los moribundos

Y dice que la espalda es misteriosa, mi amor,

porque es el lugar donde dios clavó su dedo:

sobre ella quedan grabadas las faltas a la templanza

como un mapa del pecado. Como ninguna otra superficie

del cuerpo, la espalda aguanta el dolor.

Y el peso ajeno.

Y también dice que es segura

Como una grieta en la memoria

esconde secretos porque a ella no alcanzan los ojos

Tu espalda, amor, es el lugar más seguro porque es lo que tus propios ojos no ven.

INVIERNO

UN TALADRO SOBRE EL OJO

allegro non molto

En el baño.

Tres meses después. El Padre entra al baño empuña un tipo de bastón. Observa a las dos mujeres desnudas. Mientras juega a no ver, las mujeres permanecen quietas entre el pudor y el miedo.

PADRE. La pureza.

La pureza del corazón, del pensamiento y de la imaginación debe ser reforzada con la limpieza del cuerpo. Lo más importante en una mujer es la limpieza.

Un cuerpo limpio es un cuerpo sano. No importa lo que viva durante el día.

No hay nada que el agua no restaure.

(Repite de memoria.)

“Hombres y mujeres deben bañarse, al menos, tres a cinco veces por semana y lavarse todas las mañanas con agua helada, el cuerpo con una esponja... como esta...”

Se debe comenzar en noviembre o diciembre, cuando inicia el calor, y se debe lavar todo el cuerpo, sin omitir ningún lugar: los ojos, la cara, el cuello y los pies; secarse después bien con una toalla seca y darse a continuación una buena fricción con la mano desnuda o con un pedazo de tela basta. Esto vigoriza tanto y a ello se amolda uno tan perfectamente que pronto se habitúa y continúa haciéndolo sin peligro alguno hasta el invierno. El agua será cada día más fría, pero el hábito cada vez más arraigado. Y aunque llegue el caso que el hielo del agua sea insoportable, se dará el baño sin estremecimientos, no miedos; el vigor y el bienestar que después se sienten recompensa con creces el tiempo y el esfuerzo gastados.”

Yo mismo lo he hecho desde niño y estoy convencido de que esta y otras prácticas vencen la debilidad física, Inmuniza contra las gripes y todo tipo de virus cincisiales.

Pero hay algo más.

La joven que quiera conservarse pura debe tener la precaución de al darse su baño,

Limpia cuidadosamente las secreciones propias de las partes genitales,

Pues si no se limpian pueden producir irritaciones y cierta excitabilidad peligrosa...

Principalmente en los demás...

Nosotros los seres humanos aún compartimos con la animalidad el efecto de los olores.

MADRE. La mente ama las imágenes y las ama demasiado.

PADRE. A veces por causas mentales o no mentales se acumula en los órganos de la reproducción una excesiva cantidad de sangre que distiende los vasos sanguíneos y mantiene sobrecitados los órganos, los medicamentos son inútiles... lo mejor, señala el buen criterio médico, es adoptar un plan de vida que aparte la sangre de donde está acumulada y la reparta por los músculos, por el cerebro, por todas partes, normalizando y devolviendo a todo el sistema el equilibrio perdido.

Para obtener estos resultados hay que lavarse las partes genitales con agua fría mañana y noche.

Estas abluciones lo calmarán y le ayudarán a distraer sus pensamientos...

HIJA. La mente.

PADRE. Sí, la mente.

Aunque a veces esos pensamientos no pueden retirarse por más helado que esté el cuerpo.

HIJA. El invierno trae un frío que cala los huesos –Padre.

PADRE. ¡Ponte de pie!

MADRE. Tú no podías entrar al baño mientras estuviéramos las dos.

PADRE. Por eso finalmente lo más importante es el ejercicio físico.

MADRE. Tú no podías entrar al baño mientras estuviéramos las dos.

PADRE. Una joven debe dedicar al menos dos horas diarias al ejercicio físico.

MADRE. Ahora la hija se va a vestir.

PADRE. El ejercicio educará tu cuerpo, lo vigorizará, con lo que podrás resistir mejor...

MADRE. Ahora la hija se va a vestir.

PADRE. Con lo que podrás resistir mejor la enfermedad y las inclinaciones indeseables de tu mente.

MADRE. Ahora la hija se va a vestir.

PADRE. LAS HIJAS PEQUEÑAS SON DE LAS MADRES, LAS HIJAS GRANDES PERTENECEN AL PADRE.

(La Madre en silencio.)

HIJA. A veces el invierno enferma la voz –madre.

PADRE. Sólo la disciplina convierte la animalidad en humanidad

HIJA. ¿Es cuando algunos animales deciden invernar?

PADRE. Así como al cuerpo lo temple el agua fría, al espíritu lo forma el hábito.

HIJA. ¿Y tú que sabes del frío?

PADRE. El hábito vence la resistencia del cuerpo y lo corrige.

HIJA. Tú qué sabes del frío.

PADRE. Lo que no se endereza en los primeros años luego cuesta mucho dolor corregir.

HIJA. Tú decías tener la sangre fría... pero tus palabras son sólo eso: aliento tibio que se esconde en un hueco tibio del tiempo que nunca te atreverás a dejar.

(El Padre le da un bastonazo en las piernas.)

HIJA. Yo soy la humedad helada que tienes entre tus piernas.

(El Padre repite el golpe.)

HIJA. Tú no sabes nada del frío. Todavía vives dándote razones.

PADRE. Yo soy tu padre, tú eres la hija.

HIJA. Tú no eres nada de eso. Ni siquiera eres médico.

PADRE. Qué puedes saber... no habías nacido.

HIJA. Mientras más afirmas tu paternidad más se desvanece.

PADRE. Soy el que vigilo, y veo que una mancha infecta cubre tu carne.

HIJA. Tú lo que querías era marcar el cuerpo de la hija con la inicial de tu ley.

PADRE. Tú crees que limpio es sólo no estar sucio.

HIJA. Tú pensabas que atacabas el cuerpo de TU hija.

PADRE. Hay que lavarse hasta lograr la pureza absoluta. Todavía tienes olor a negro.

HIJA. Pero no lo hacías *(Pausa.)*

¡Oíste! Tú nunca atacaste el cuerpo de tu hija.

PADRE. Eres MI sangre.

MADRE. Sencillamente porque no lo soy

(Silencio.)

Escuchaste? No lo soy, porque tú has roto la condición de nuestra filiación

Has desnudado la ley de tu paternidad

Me la has arrojado a la cara y la has exhibido ante todos

Porque la paternidad –“padre”– no es un derecho

La paternidad es un vínculo silencioso que se urde entre la hija y el padre

Un secreto en el que cada uno se compromete a no develar jamás los términos del pacto. Un padre no

necesita enrostrar su paternidad, así como un hijo su filiación

Tú ya no ves

Otra vez te equivocas

Tú no has poseído el cuerpo de la hija

tú la has destituido/ depuesto de su título

y puesto que yo ya no soy hija

tú no eres Padre.

Desde el mismo día en que te montaste en mi cama

yo fui una extraña para ti

ahora soy: TU AMANTE... *(Pausa.)*

Tu pensaste redimirte con el peso de mi pureza

Redimirte a través del amor filial

Y ya ves: no te has acostado con otra que

con tu vecina,

con tu secretaria,
tu enfermera,
...tu puta ...
Sin Hija no hay Padre
Sin Padre no hay familia
y sin familia –sólo queda un deber vacío
la pura anatomía de la ley
(Pausa.)
pero en mí todavía *insiste* algo...
(Canción.)
LA MADRE DUERME
EL PADRE NO ES
Y EN LA HIJA SÓLO QUEDA
UN PICANTE ESCOZOR EN LA PIEL..
–mi cuerpo...

largo

En ningún lugar.

La Madre se mece, la hija lee el diario.

HIJA. Madre ¿es cierto que las mujeres con el pelo corto se ven mayores?

MADRE. Te acuerdas amor cuando arrastrabas el pañal y me seguías por toda la casa diciendo: ¿ah' ma'maaaa?

HIJA. Madre, me voy a cortar el pelo.

MADRE. Que nunca te conté cuanto me costó sacarte el chupete.
Le decíamos "el puro": "Ya anda con su puro".

Ese elefantito con un cascabel que guardas... ese era tu chupete favorito. ¡Claro el chupete ya no existe!
Sólo queda el elefantito.

HIJA. Madre, ¿es cierto que sale vello por exceso de testosterona?

MADRE. ¿Te acuerdas cómo te quedabas dormida mientras mordías mi pezón?
Entonces yo te rociaba la carita con agua, y ni con eso despertabas.

HIJA. Madre, me voy a rasurar las axilas... (Lee con atención.) y el pubis.

MADRE. ¡Naciste con tanto pelito! Y era negro y brillante como un ternero.

HIJA. ¿Es cierto, Madre, que en África a las mujeres también las circuncidan?

MADRE. ¿Te conté alguna vez que conservo un mechón del pelo con que naciste?

HIJA. ¿Circuncidar...? ¿Cuál es la diferencia entre circuncidar y extirpar madre?

MADRE. En ese tiempo los médicos aconsejaban rapar a las guagüitas para que les creciera el pelo sano y firme...

¡Ah! me dio tanta pena cuando la enfermera te pasó la máquina.

¡Tan chiquitita!

HIJA. ¿Circuncidar? Que enorme mentira, Madre.

MADRE. ¡Tan chiquitita! Yo miraba.

HIJA. Pienso en una convulsión vaginal, Madre.

Me desvanezco. ¿Es normal? ¿Es normal, Madre?

MADRE. En esos tiempos los médicos recomendaban arreglarles el ombligo a las guaguas,
Se le colocaba un botón y se apretaba con el pañal (Sonríe.)

... tú tienes el ombliguito bien formadito: hacia dentro.

HIJA. Un chorrillo de sangre hace un remolino en los labios –Madre– y la sangre escurre por mis piernas.

MADRE. Los médicos dicen tantas cosas.

HIJA. La sangre corre por mis piernas madre, y hay un charco oscuro en el suelo madre.
ME DUELE MAMÁ (Silencio.)

Pero no hay nada que una tocación con azul de metileno no sane. ¿No es cierto Madre?

MADRE. Nunca me voy a olvidar del primer día que fuiste al colegio.

Querías tanto ir. Decías: "Quiero ir al conejo". Chiquitita

Ella quería ir al "conejo". Y cuando llegamos y yo me retiraba estallaste en un llanto terrible. Lo más cómico es que cuando volvía a buscarte al mediodía, otra vez llorabas, porque no te querías ir.

HIJA. ¿Madre, ahora que estoy mutilada crees que me parezco en algo a ti?

MADRE. Sí, mi amor.

HIJA. Madre las Estaciones nunca acaban

Vuelven y vuelven a repetirse... ¿No te aburres, madre?

MADRE. Es la vida...

HIJA. ¿Entonces, puedo ir a poner la mesa?

MADRE. Sí.

